

*Tengo flores, frutales y viñedos,
y es de ver la delicia con que exprimo
la otoñal opulencia de un racimo
para que el jugo corra por mis dedos.*

Hasta el afrancesado y frío Meléndez Valdés, el de las huecas odas anacreónticas, se siente tentado por el gozo del tema:

*Ya dió alegre el fresco otoño
la señal de la vendimia,
y a su voz redobla el eco
por los valles y colinas.*

*Las cestas, pues, se preparen,
ordénense las cuadrillas
y al campo salid gritando:
¡honor al dios de las viñas!*

Hubo un buen escritor de finales del siglo xv, Antonio de Guevara, que en su libro *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*, se muestra admirador integral de los viñedos; no resisto a la tentación de transcribir el siguiente párrafo: «Es privilegio de aldea que el que tuviere algunas viñas goce muy a su contento dellas; qual parece ser verdad en que toman muy gran recreación en verlas plantar, verlas binar, verlas cubrir, verlas cercar, verlas bardar, verlas regar, verlas estercolar, verlas podar, verlas sarmentar y, sobre todo, verlas vendimiar.»

Antonio de Trueba, en *El libro de las montañas*, también confirma la alegría bulliciosa de la vendimia:

*¡Pero mirad qué alegres
mozos y mozas
invaden los viñedos
desde la aurora!
¡Ved qué alegría
pregonan los cantares
de la vendimia!*

Pero dejemos a los poetas y digamos algo concreto de la recolección de la uva.

Los vendimiadores, hombres y mujeres, ancianos y niños, se levantan con el alba de septiembre, uncen las yuntas en las corraladas, sujetan al yugo los pesados vehículos, cargan las banastas y los hocinos, y allá van en el claro amanecer las caravanas camino de la viña distante.

Al lento compás de las carretas brotan las risas de las mozas y los cantares de los enamorados.

Cuando llegan a la viña, verde mar de pámpanos manchegos con un